12

EL VESTIDO AZUL,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON PANTALEON MORENO GIL.

Representada por primera vez en el Teatro SALON ESLAVA
la noche del 5 de Marzo de 1872.



MADRID
IMPRENTA DE SERAFIN LANDABURU,
Plaza de los Carros 2 bajo
1872



Digitized by Google

73627

PERSONAGES.	ACTORES.
LUISA.	SRTA. VEDIA.
EMILIO.	SRES. MARISCAL.
CÁRLOS.	» GALZA.
JUAN.	» ARANA.

La escena es en Madrid.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO ÚNICO.

Gabinete amueblado con todo lujo. Puerta al foro y laterales.—Entiéndase por derecha ó izquierda la del actor.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Luisa pensativa, sentada á la izquierda junto á un velador. Emilio, al lado opuesto y reclinado muellemente en una butaca, examina un album, se dirijen mútuamente miradas expresivas, pero procurando que no se encuentren las del uno con las del otro. Ninguno de los dos se atreven á romper este silencio. Luisa tose; Emilio hace lo mismo. Luisa deja caer un ramo de flores que tiene en la mano; Emilio se levanta precipitadamente, le coge y se le dá, quedándose un momento contemplándola. Luisa, con coquetería, procura sostener su indiferencia, Emilio vacila, pero al fin resiste y se dirije lentamente á la butaca, volviendo á ocupar su primera posicion. Luisa se impacienta, y por fin se levanta y se retira por la izquierda. Emilio, al verla desaparecer, se levanta tambien y se dirije detrás de ella, hácia el mismo gabinete, pero al llegar á la puerta se detiene, vacila, y por último, con decidida resolucion, atraviesa la escena y se retira por la puerta de la derecha. Cárlos y Juan contemplan esta escena muda desde la puerta del foro, procurando siempre que no los vean ni Emilio ni Luisa. Al retirarse estos entran en escena.

ESCENA II.

CÁRLOS, JUAN.

Carl. (Entrando.) Cuadros plásticos. Se me figura, amigo Juan, que no has exagerado la relacion que me has hecho.

Juan. Mucho temo, señorito Cárlos, que esto no acabe bien!

CARL. ¿Y para qué estamos nosotros aquí? Emilio es un niño, tratándose de faldas, y su mujer, por lo que me has dicho, y por lo que acabo de ver, es otra niña. Pero en fin, contando con tu ayuda, todo se arreglará. Pasa recado á Emilio que estoy aquí, y luego, cuando yo salga, espérame en la antesala y concertaremos nuestro plan.

JUAN. Está bien, señorito, voy enseguida. (Váse por la derecha.)

ESCENA III.

CÁRLOS, despues EMILIO Y JUAN que se retira por el foro.

CARL. Pobre Emilio! siempre fué débil con las mujeres! Y ella es bonita! Vaya si es bonita! Le tendrá embobado completamente y... Ea pues; frente al enemigo: ya que él es débil seamos nosotros fuertes! Ya creo que sale... sí, él es!

EMIL. (Desde la puerta.) ¡Cárlos!

CARL. ¡Mi querido Emilio! (Se abrazan.)

EMIL. ¿Tú por Madrid? No te esperaba tan pronto.

CARL. Llegué ayer de Valencia en cuyo Teatro principal he trabajado este invierno, como sabes, y esta mañana al bajar por la escalera, encontré á Juan y me dijo que vivias tambien en esta casa.

EMIL. ¡Cómo! ¿Tú vives aquí?

CARL. En el piso segundo.

EMIL. No sabia...

CARL. No es extraño: ya te he dicho que llegué ayer de Valencia.

EMIL. Es decir que vivimos casi juntos! ¡cuánto me alegro! (Se sientan.)

CARL. Pero chico, qué lujo! qué muebles!

EMIL. Pchs! regulares.

CARL. Vanidoso!

EMIL. Ya sabes que yo nunca he tenido grandes aspiraciones, pero...las circunstancias obligan á uno muchas veces...

CARL. Ola? Ola? Te han nombrado Ministro de Hacienda desde que no nos vemos?

EMIL. Tú siempre tan bromista!

CARL. Nada me extrañaria: porque como ahora las posiciones sociales se fabrican al vapor!...

EMIL. Es verdad.

CARL. Pero en fin, tú por eso no puedes darte por aludido, y me complace mucho verte prosperar.

EMIL. Ay, Cárlos...Cárlos! soy el hombre más feliz... *(Bajando la voz.)* y más desgraciado que hay en la tierra!

CARL. Hombre, hombre! explícame ese contrasentido!

EMIL. *(Con misterio.)* Pero qué...¿no sabes...?

CARL. No; lo que es eso no lo sé todavia!

EMIL. ¿Te burlas, eh?

CARL. Cuando te digo que no lo sé!

EMIL. Pues bien; aunque me exponga á tus bromas, te diré que hace cuatro meses...que me casé!

CARL. ¿Y qué tiene eso de particular?

EMIL. ¿Conque lo apruebas?

CARL. Si la eleccion ha sido digna tí, porqué no?

EMIL. Si, Cárlos, si; Luisa...porque se llama Luisa.

CARL. Bonito nombre.

EMIL. Pues bien: Luisa es un ángel de hermosura y candidez, que me fascina; me arrebata; me enloquece, hasta el punto de no ver mas que lo que ella vé!...de no sentir mas que lo que ella siente!...de no escuchar mas que lo que ella dice!

CARL. Chico, chico, qué entusiasmo! Te juro á fé de actor, que te envidio en este momento!

EMIL. Si, Cárlos; soy lo mas desgraciado!

CARL. Pues si te entiendo que me silven en la primera obra que estrene!

EMIL. Si yo tuviese siquiera...veinte ó treinta millones!...

CARL. ¿De renta anual, eh?

EMIL. Pero ya vés; doce mil reales de sueldo, y un ángel con quien uno debia volar por los espacios imaginarios con alas de oro, y...

CARL. Deten...deten el vuelo y explícate en prosa, si quieres que nos entendamos.

EMIL. Tienes razon, Cárlos; escúchame! Hace cuatro meses, como te he dicho, que me uní en estrecho lazo con mi querida Luisa y el mundo me parecía pequeño para ella.

CARL. Pues haber tomado un globo, y ....(*Señalando el espacio.*)

EMIL. Te ruego que me escuches con formalidad: el asunto es mas sério de lo que tú crees.

CARL. Bien, pero...permíteme antes una ligera observacion. ¿Te has casado por el nuevo método del matrimonio civil?

EMIL. No, hombre, no!

CARL. Adelante. (*Breve pausa.*)

EMIL. Educada Luisa al lado de su tia, señora muy respetable y virtuosa; pero dominada siempre por una constante aspiracion de figurar en la alta sociedad, aprendió Luisa á vivir en esa esfera, y yo.....yo que solo aspiraba á poseer por completo su corazon, alimentaba más y más esas aspiraciones, pintándola siempre un porvenir risueño de comodidades y placeres!

CARL. Incurable mal de todos los enamorados!

EMIL. Me casé, como te digo y sólo pude reunir unos dos mil duros, á costa de grandes sacrificios por parte de mi padre. La boda se hizo con alguna ostentacion y tomé este cuarto principal, que procuré amueblar lo mejor posible.

CARL. ¿Pero tu mujer?

EMIL. Ya te he dicho que su tia, con quien vivia, solo conservaba...grandes recuerdos de su pasado!

CARL. Yá! continúa.

EMIL. En alhajas, trajes y viages de recreo gasté en los dos primeros meses lo que no tenia, y hoy...hoy me encuentro asediado por todas partes, y sin más recurso que mis doce mil reales de sueldo, empeñado por sus cuatro costados!

CARL. Cierto es que tu posicion no es muy desahogada!

EMIL. Y lo peor es que mi querida Luisa ignora todo esto! Si tuviese siquiera...

CARL. Pero como no lo tienes no hay que pensar en ello!

EMIL. Y qué...? Puedo yo acaso decirla...asi á quema ropa: Luisa, no podemos continuar de este modo; somos pobres y....oh! me diria que la habia engañado! que era un miserable; y me despreciaria, me aborreceria, y yo...yo no puedo vivir sin esa mirada dulce y tierna que es mi vida, mi encanto, mi...!

CARL. Prosa, prosa, y sobre todo un poco de calma! Vamos á ver...¿de qué nace el disgustillo de hoy? Por qué es todo ello?

EMIL. Por un corte de vestido azul de la maldita calle de Espoz y Mina. Hombre..¿creerás que tengo horror á esa calle?

CARL. Lo comprendo! no eres tú solo. ¿Conque..... por el corte...?

EMIL. De un vestido azul! ya vés!

CARL. ¿Es ....antojo ó capricho?

EMIL. Creo que.....que es capricho.

CARL. Entonces no hay vestido.

EMIL. Pero...

CARL. No hay vestido! Tú déjame hacer que pronto me lo agradecerás.

EMIL. Si, Cárlos: ayúdame á salir de esta situacion, sin que pierda el cariño de mi Luisa. Si sólo se tratára del vestido yo haria un esfuerzo, pero es el caso que...

CARL. Ya, ya me figuro que el rosario tendrá muchas cuentas! En fin, sepamos ahora cuales son las mas gordas!

EMIL. El dueño del carruage que tengo alquilado por meses es un cochero que, á costa de pasar noches y dias en el pescante, ha podido adquirir dos ó tres carruages para alquilarlos; pero es un hombre tan socz y tan inconsiderado, que á pesar de que se la quiere echar de fino, no hay para él convencimiento posible.

CARL. Un cochero en fin. ¿Y qué pasa con el señor cochero?

Digitized by Google

EMIL. Nada que como hace ya dos meses que no le pago...

CARL. ¿Reclama su dinero? ¡Qué atrevimiento!

EMIL. Y no es eso lo peor, sino que hace cuatro dias que no manda el carruage!

CARL. ¿Y qué dice á eso tu mujer?

EMIL. Yo la he dicho que estaban tapizándolo de nuevo, pero que hoy ó mañana mandarian otro...

CARL. Y ella se quedaria tan satisfecha!

EMIL. No debió agradarle mucho la noticia, porque me dijo que para evitar estos contratiempos lo mejor era que comprásemos una carretela y una berlina.

CARL. Eso es lo que se llama cortar por lo sano! Dejemos, pues, al cochero por ahora, y pasemos á otra cuenta del rosario; porque segun preveo, debe tener muchos *dieces*.

EMIL. Sí, Cárlos, muchos! pero los que mas me apuran por ahora, son: ese pícaro cochero, un prestamista usurero que no me deja respirar, el sastre, el zapatero, el almacenista de muebles, la modista, el...

CARL. (Levantándose.) Basta, basta: recemos el *Gloria Patri* y acabemos. Conozco tu historia por ser demasiado vulgar y perderiamos el tiempo inútilmente. Asi pues, te repito, que el mal es grave y que el remedio debe ser pronto y eficaz. Confía en mi amistad que, ó mucho me engaño ó todo se arreglará.

EMIL. Cómo?

CARL. No lo sé, pero se arreglará. Espero que no olvides que vivo en el piso segundo de esta casa.

EMIL. En cuanto consuele á mi querida Luisa subiré á que me propongas el plan curativo... Pero... ¿no quieres que te presente ántes á mi mujer?

CARL. No, despues: ahora no seria oportuno.

EMIL. Porqué?

CARL. Ya te lo diré. Adios, adios, y no olvides que te espero.

EMIL. Adios, Cárlos. (Váse Cárlos por el foro.)

ESCENA IV.

EMILIO, despues LUISA.

EMIL. Tiene mucha razon! Por muchos esfuerzos que yo haga no es posible que pueda ocultar más tiempo mi situacion, ni mucho ménos sostenerla. Pero señor... ¿porqué no vendremos todos á este mundo con unos cuantos millones en el bolsillo? *(Mirando hàcia la izquierda.)* Ah! ella es!,,viene con el sombrero puesto! Ay! que monisima está!

LUISA. *(Con sombrero, desde la puerta de su gabinete.)* Emilio...

EMIL. Luisa!

LUISA. *(Con tímida y afectada seriedad.)* ¿Me permites ir á ver á mi tia?

EMIL. Pero Luisa. ¿Qué significa esa seriedad, estás aún enojada conmigo?

LUISA. *(Con el mismo tono.)* Yo? porqué? Solo te digo que si me permites ir á ver á mi tia.

EMIL. ¿Puedo yo acaso negarte nada?

LUISA. Tienes al ménos derecho para ello.

EMIL. *(Con cariño.)* Yo solo tengo derecho para quererte y hacer que tú me quieras.

LUISA. *(Con coqueteria.)* No, no, si no me engañas con tus zalamerias!

EMIL. Vamos, permiteme que te quite el sombrero... *(Lo hace.)* que luego irás donde quieras! Ahora...tenemos los dos que hablar un ratito...aquí, juntitos! ¿no es verdad?

LUISA. Ya! despues que te has quedado solo, y no tienes otra cosa en qué ocuparte.

EMIL. Confieso mi culpa! Te retiraste enojada y yo debí seguirte á tu gabinete, tienes razon: pero entró un amigo antiguo, á quien hacia tiempo que no veia, y me detuvo, á pesar mio.

LUISA. Es claro! estariais recordando historias pasadas...y tal vez presentes...!

EMIL. Celosilla! Demasiado sabes que yo no puedo pensar mas que en tí..!.

LUISA. Si te digo que no me engañas con tus zala—

merias! *(Con marcada intencion.)* Solo de una manera haremos las paces!

EMIL. Pues qué ¿acaso podemos los dos estar reñidos?

LUISA. Solo de una manera!

EMIL. Mi querida Luisa!

LUISA. No; si no valen evasivas! solo de una manera!

EMIL. No te comprendo!

LUISA. *(Dirijiéndole una espresiva mirada, y con intencion muy marcada.)* Espoz y Mina, número ocho!

EMIL. Ah! ya!

LUISA. Qué?

EMIL. Eso es ..Espoz y Mina...

LUISA. Número ocho!

EMIL. (Maldito vestido! La invencion de los escaparates ha sido la perdicion de los maridos!)

LUISA. *(Con seriedad.)* Emilio..demasiado comprendo tu silencio!

EMIL. No hija no, es que...estaba pensando..

LUISA. ¿En qué?

EMIL. *(Con aturdimiento.)* En que...pues....el otro...

LUISA. ¿El de color de café? no, no, me gusta más el azul!

EMIL. ¿Conque...el azul, eh?

LUISA. Si.

EMIL. *(Con irónica sonrisa.)* Á mi tambien me gusta más el azul! *(Se sienta.)*

LUISA. Cuanto me alegro! *(Acariciándole con mucha zalamoria.)* Porque yo... yo no debo tener mas caprichos que aquellos que sean del agrado de mi marido!

EMIL. *(Mirándola con ternura.)* ¿De véras?

LUISA. ¿Qué? no quieres tú que sea asi! *(Se arregla la corbata con mucha coqueteria, y empieza á tararear una pieza de ópera. Emilio se vá recostando muellemente en la butaca, contemplándola embobado.)*

EMIL. (Ay!.. desde aqui al paraiso.)

LUISA. *(Mirándolo, con cariñosa entonacion.)* Pero.. ¿no me dices nada?

EMIL. *(Mirándola embobado.)* Yo?.. que si yo no te digo... *(Levantándose con decision y ponién-*

pasear.) Pues si señor! el azul! el azul!...y el azul ha de ser!

LUISA. *(Siguiéndole con alegria.)* ¿De véras?

EMIL. Y el verde, y el rojo, y el amarillo, y el...

LUISA. No, no! el azul.. .y el azul!

EMIL. Ajá! el azul... y el azul! *(Se sienta.)*

LUISA. Convenidos?

EMIL. Convenidos!

LUISA. Qué bueno eres, Emilio!

EMIL. *(Con una muger asi vá uno hasta Fernando Póo!)*

LUISA. En ese caso, yo misma voy por tu sombrero para que, me acompañes.

EMIL. Quién? yo!

LUISA. Nada, no admito evasivas.*(Con cariño.)* ¿Quién mejor que tú debe acompañarme? *(Cogiéndose con coqueteria del brazo de Emilio.)* Nada hay en el mundo mas bello y poético que una jóven, no del todo mal parecida, cuando vá del brazo de su esposo..

EMIL. ¿A la calle de Espoz y Mina, eh?

LUISA. Justamente!

EMIL. Asi es, pero... ahora que recuerdo. ¿Sabes que ayer no pude cambiar?

LUISA. Qué importa! alli lo cambiarán!

EMIL. Muger! ¿quieres que vaya á pagar... con un talon del Banco?

LUISA. Ya sabes que tenemos crédito! son tan finos y atentos los comerciantes de esa calle!... En fin, voy por tu sombrero!

EMIL. (Pues señor, adelante.)

LUISA. *(Volviendo.)* Ah!

EMIL. Qué?

LUISA. ¿Sabes si ha venido ya la berlina?

EMIL. La... la berlina? No: creo que no ha venido todavia!

LUISA. Entonces tomaremos una de alquiler y á la tarde iremos á la Castellana: no olvides que esta noche es Traviatta! Voy por tu sombrero. *(Váse por la izquierda.)*

—

ESCENA V.

EMILIO despues LUISA.

EMIL. (Despues de dirigir una cariñosa mirada de despedida á Luisa, se fija en el bolsillo de su chaleco y saca dos monedas.) Dos pesetas! he aqui mi capital! Y que con esta cantidad se compren carruages, palcos y sobre todo, un vestido azul en la calle de Espoz y Mina!.. Ni Macallister, ni Herman, ni todos los prestidigitadores habidos y por haber, pueden igualarse conmigo! En fin, gocemos hoy de sus dulces y tiernas miradas, que mañana Dios dirá!

LUISA. (Entrando.) No encuentro tu sombrero, he mirado en tu gabinete y no está!

EMIL. Es cierto, recuerdo que al entrar le dejé en mi despacho.

LUISA. Pues voy...

EMIL. No te molestes, tengo que recoger unos papeles y de paso...

LUISA. Entonces... voy á ponerme yo el mio, y aqui te espero (Se coloca frente al espejo.) Que no tardes!

EMIL. Salgo enseguida. (Se dirige hácia la puerta de la derecha.)

LUISA. (Llamándole con coqueteria.) Emilio.

EMIL. (Volviéndose.) Qué?

LUISA. Adios! (Despidiéndole cariñosamente con la mano.)

EMIL. (Mirándola embobado.) Encantadora, monisima! (Fijándose con seriedad en su bolsillo.) Dos pesetas! (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

LUISA Y JUAN que aparece en la puerta del foro.

JUAN. Señorita...

LUISA. Qué hay?

JUAN. Un caballero, desea ver al señorito.

LUISA. Qué oportunidad! Diga usted que no está en casa.

JUAN. Ya le he dicho que no sabia si estaba, pero me ha contestado que es de tanta importancia su visita, que no me he atrevido á despedirle.

LUISA. ¿No le conoce usted?

JUAN. No señora, lo único que puedo decir es, que es un caballero ya de edad.

LUISA. Bien; que pase; yo avisaré al señorito. *(Váse Juan.)*

ESCENA VII.

LUISA despues CÁRLOS con un gran leviton, peluca gris, anteojos verdes...

LUISA. *(Que aun se estaba arreglando el sombrero dejándole en la consola.)* Qué fastidio! siempre será algun amigo del padre de Emilio! y como buen provinciano, será pesadito como él solo!

CARL. *(Entrando por el foro, y tartamudeando un poco con marcadas desentonaciones.)* ¿Se puede pa...pa.. pasar?

LUISA. Adelante. (Uf! qué facha!)

CARL. ¿Es usted don Emilio Ca...Casares?

LUISA. No, señor no, soy su esposa.

CARL. Dispense usted, señora: como estoy... me... me...medio ciego...Mi visita, pues, se reduce á par...par...participar á usted....

LUISA. *(Sonriendo.)* Recuerdo á usted que yo....no soy mi marido!

CARL. Ya, ya sé que es usted su mu...mu...mujer, y si la hubiese á usted visto antes..tam... tam...tampoco hubiera dudado: ¿quién sino usted, señora, tendria tan...tan...tanto ringo-rango?

LUISA. Caballero!

CARL. No, si á mi no me extraña nada! Estoy muy acostumbrado á ver mu...mu...muchos faralares y perifollos de pega!

LUISA. ¿Qué quiere usted decir..?

CARL. Que el objeto de mi...mi...mi venida...

LUISA. Permítame usted que llame á mi esposo.

CARL. Co....co....como usted guste: pero si quiere usted evitarle una nueva so...so...sofocacion al verme aquí...

LUIS. A usted?

CARL. Puede usted tras...tras...trasmitirle...Puf!

cómo por telégrafo, lo que voy á decirla, y de paso se enterará usted de algunos de... de...detalles que ignorará..

Luisa. Yo? espliquese usted.

Carl. Es el caso, señora, que yo soy uno de tan... tan...tantos prestamistas como andan por esta coronada villa.

Luisa. ¿Un prestamista?

Carl. Si señora: esa es mi....mi....mi honrosa profesion, hace ya cu...cu...cuarenta y cinco años...

Luisa. ¿Y qué busca usted aquí?

Carl. Mi...mi...dinero, señora!

Luisa. Qué?

Carl. Nosotros so...so...somos breves en palabras. Asi, pues, acabaré empezando por decir á usted que hace ma...ma...más de un mes que ando detrás de su marido.

Luisa. ¿Detrás de mi marido?

Carl. Sí, señora: porque como él es jóven y en cu...cu...cuanto me vé corre como un galgo.

Luisa. (Incomodada.) Acabe usted pronto!

Carl. Ah! se me olvidaba advertir á usted que tar.. tar... tartamudeo un poquito, y no puedo ir tan...tan...tan de prisa como usted quiere. Sin embargo, seré muy breve. (Desentonándose.) Pues como decia su ma...ma..marido de usted, me debe ya diez y seis mil reales en dos escrituras de depósito, cuyo plazo ha vencido...

Luisa. (Asustada.) ¿Mi esposo?

Carl. Y vengo á decirle que como no me pa...pa.. paga, he dado ya los pasos judiciales que la experiencia aconseja. (Desentonándose.) Por lo tanto, si quiere evitar el con...con...consiguiente embargo!...

Luisa. Dios mio!

Carl. Depositará en mi casa antes de una hora la cantidad su...su...supra... dicha!

Luisa. Basta! usted no sabe quien es mi esposo!

Carl. Le co...co...conozco mejor que usted misma! Es un buen muchacho que por empe...pe... regilar á su mujer, seria capaz de empeñar hasta los ojos!

LUISA. Pero... ¿sabe usted lo que está diciendo?

CARL. Pues de dónde habian de salir estas mi..mi.. misas? Conozco varias jóvenes que, por vivir como usted, han sido la per...per...perdicion de sus maridos!

LUISA. Oh! esto es demasiado!

CARL. Digo...me parece que con doce mil reales de sueldo, no...no...no se paga una habitacion de catorce mil: trages, ca...ca...carruajes.... etcétera....

LUISA. Sepa usted que mi esposo solamente es empleado.....

CARL. Por cobrar la pa...pa...pága, como todos los demás.

LUISA. Bien, basta! (*Dejándose caer, sofocada en la butaca.*) Me está usted asesinando!

CARL. No, no señora; ni está bien, ni basta! Bastará despues del embargo! He dicho...Tras... tras...trasmitaselo usted á su marido! (*Dá media vuelta y se retira por el foro.*)

LUISA. Dios mio! ¿Qué es esto? (*Llamando.*) Emilio... Emilio...Ese hombre está loco!

ESCENA VIII.

LUISA, EMILIO por la derecha.

EMIL. (*Saliendo con el sombrero en la mano.*) Cuando quieras, Luisa!

LUISA. (*Levantándose y refugiándose con temor en sus brazos.*) Ay! Emilio!

EMIL. Pero ¿qué tienes? ¿Porqué estás tan sobresaltada?

LUISA. Ay! Emilio!

EMIL. ¿Qué es eso, Luisa?

LUISA. Acaba de estar aquí!

EMIL. Quién?

LUISA. Un prestamista!

EMIL. (*Cayéndosele el sombrero de la mano, y sentándose en la butaca que estará detrás de él.*) Un presta...uf!! Ay! ay! (*Quejándose.*)

LUISA. ¿Qué es eso?

EMIL. Un calambre! Un pícaro calambre que me ha dado de repente!

LUISA. Espera, te pondré una venda muy apretada..

EMIL. No, no te molestes; esto se pasa pronto. (*Breve*

Digitized by Google

pausa.) ¿Conqué dices que ha estado aqui?..

LUISA. Si; un prestamista!

EMIL. Uf!...No, no hagas caso! Es el calambre: el calambre que...(Tiró el diablo de la manta y...!)

LUISA. ¿Te duele mucho?

EMIL. Si; mucho, mucho! ¿Dime Luisa?

LUISA. Qué?

EMIL. ¿Estás segura que ese hombre era..?

LUISA. La estampa de la heregía!

EMIL. Pero.....

LUISA. Si, segura, segurisima! como que ha venido á decirte que si antes de una hora no le has entregado el importe de no sé qué escrituras ..

EMIL. (Bandido!)

LUISA. Que todo lo tiene ya preparado para un embargo.

EMIL. (Ah!...miserable don Venancio!)

LUISA. Pero no, no puede ser? ¿No es verdad, Emilio, que eso no puede ser?

EMIL. Qué ha de poder ser! Embargarme á mi! Embargar...mis bienes! Lucido quedaria con su pretension! Ese hombre está loco!

LUISA. Eso mismo he dicho yo!

EMIL. Solo una fatal equivocacion ha podido dar lugar á que ese hombre venga aqui....

LUISA. Claro está! si eso salta á la vista!

EMIL. Pues no ha de saltar!

LUISA. Ay! Eso me tranquiliza algo. Pero convengamos, Emilio, en que hay equivocaciones... que no se explican.

EMIL. (Es preciso desvanecer sus sospechas!) Ah!... ahora recuerdo...

LUISA. Qué?

EMIL. Ya sé lo que es!

LUISA. Si?

EMIL. Coincidencia mas rara!

LUISA. Explícate...

EMIL. Arriba... (*Mirando al techo.*)

LUISA. Qué?

EMIL. En el cuarto segundo....vive un amigo mio, que se llama tambien Emilio como yo.

LUISA. Y bien?

EMIL. El pobre anda bastante mal, y lo tienen cogi-

do esos bandidos por sus cuatro costados..!

LUISA. Ay! pobrecillo!

EMIL. El infeliz se habrá encontrado en alguna situacion apurada y...Ahí lo tienes explicado todo! Si no podia ser otra cosa...!

LUISA. Pero...

EMIL. Qué?

LUISA. Si en el cuarto segundo no vive mas que una señora...viuda de un coronel.....!

EMIL. *(Aturdido.)* Una señora....¿viuda? Si! eso es! Una señora.....viuda, que se ha visto en el caso de.....alquilar un gabinete y...

LUISA. Ah!

EMIL. Pues! y en ese gabinete.....

LUISA. Ya!

EMIL. Qué! Si ahora todo el mundo está á la cuarta pregunta! (Uff! no se puede mentir más en ménos tiempo!)

LUISA. ¡Pobre jóven! Le compadezco!

EMIL. Si: bastante trabajo tiene con luchar con esos antropófagos!

LUISA. Ay! qué peso se me ha quitado de encima!

EMIL. Y á mi tambien! (Ah! don Venancio...don Venancio!..porque ha sido él! no me cabe duda!)

LUISA. Parece imposible que haya hombres tan inconsiderados que...¿Se te ha pasado ya eso?

EMIL. El qué? ah! El calambre! todavia...todavia hormiguea algo! *(Con intencion.)* El dolor ha sido bastante agudo, y luego...el disgusto de verte asi!...Como el pié tiene tanta relacion con la cabeza! Confieso que la impresion ha sido muy fuerte!..Hay palabras..mejor dicho, hay nombres que vuelcan!

LUISA. Un prestamista!.. ay!.. si, eso es horrible!

EMIL. Si: horrible! (No lo sabes tú bien!)

LUISA. Yo no entiendo mucho de esas cosas pero se me figura que un hombre asi...

EMIL. Es una de tantas plagas como hoy afligen á la sociedad, y que, sin embargo, buscamos impacientes todos los dias!

LUISA. Qué?

EMIL. No! quiero decir, buscan! Buscan los que no cuentan con elementos suficientes para hacer frente á sus obligaciones...

Luisa. Yá! Pero tú...

Emil. Yo!.. *(Dirigiendo una triste mirada á su bolsillo.)* Ya sabes que me sobran recursos...

Luisa. *(Con mucha coqueteria.)* Para que tu querida mujercita pasee por la Castellana con ese bonito vestido azul...

Emil. (Ya pareció el peine!)

Luisa. Que te has empeñado en regalarme!

Emil. Es verdad! Me he empeñado, me empeño y me empeñaré cada dia más...por verte como yo deseo!

Luisa. *(Con zalamería.)* Qué amable eres, Emilio! ¿No es verdad que ha de estarme muy bien?.... Tú...serás mi modista!

Emil. Yo?

Luisa. Qué tiene eso de particular? Tú tienes un gusto muy delicado, y podrás decir mejor que nadie qué hechura te gusta más; porque... *(Con coqueteria.)* ¡Como yo solo deseo complacerte en todo!

Emil. Zalamerilla!... *(Volviéndose y con mucha seriedad.)* (El prestamista! hum! no puedo olvidarlo!)

Luisa. *(Paseándose por la escena.)* Cola larga, muy larga! Un volante ancho, muy ancho, con tres encañonados: paletó, túnica y fichú Carlota Corday.

Emil. *(Pensativo.)* (Es preciso evitar otro cataclismo.) ¿Y cómo has dicho que se llama?

Luisa. Carlota Corday.

Emil. Carlota Corday!

Luisa. Si: es el último figurin de la moda parisien.

Emil. Ah! ya! el vestido!

Luisa. No: el fichú. La túnica puede ser tambien de hechura princesa, pero, en fin, como eso ha de ser á gusto tuyo!.. *(Con zalameria.)* Conque.. Cuando quieras iremos á... á...

Emil. Adónde?

Luisa. Ay Emilio, qué distraido estás! Has olvidado que te espero para ir á la calle de... Espoz y Mina!

Emil. ¿Eh? ¡No, muger, no! Qué he de olvidar yo esas cosas. Pero antes quisiera que me permitieses ir un momento á deshacer esa equivocacion. Ya comprendes que lo ménos que

debo hacer es evitar que se repita la escena anterior.

LUISA. Ay si, si, Emilio! Vé corriendo no sea que vuelva á darme otra sofocacion! Yá sabes que, por mi temperamento delicado, estoy predispuesta... á morir de un susto!

EMIL. ¡A morir de un susto! No, no tengas cuidado por eso. Ya le enseñaré yo bien el camino para otra vez!

LUISA. Pero ¿sabes quién es? porque yo... ni le he preguntado su nombre!

EMIL. No importa: esos séres son harto conocidos, por desgracia, y bien pronto sabré... por mi agente de negocios quién ha sido el insolente que se ha atrevido á venir á asustar á mi mugercita!

LUISA. No puedes figurarte lo grosero que ha estado conmigo! Pues no se ha atrevido á decirme que por empefegilarme era la causa de tu perdicion!

EMIL. ¿Tú? ¡Ah! infame! voy... voy ahora mismo en busca suya, y...

LUISA. Si, si: pero...

EMIL. Qué?

LUISA. *(Con coquetería.)* Que no olvides que te espero! Ya sabes que tenemos que ir juntitos.:.

EMIL. Eso es! Juntos..! Siempre juntos! Adios, adios! (Voy á extrangular á don Venancio!) *(Váse por el foro.)*

ESCENA IX.

LUISA, despues JUAN.

LUISA. Ya lo creo! Solo una equivocacion incalificable ha podido dar lugar á semejante atropello! ¡Pero, qué hombres hay tan groseros é inconsiderados!.. Atreverse delante de una señora á decir que su marido le debe dinero! Pues vaya una cosa nueva para usar ese lenguaje!.. Cierto es que corren unos tiempos, como dice mi tia, en que se ván perdiendo por completo las buenas formas sociales!

JUAN. *(Desde la puerta.)* Señorita, el cochero.

LUISA. *(Con alegria.)* Ah! Segura estaba que no falta-

ria!.. Afortunadamente ha llegado á tiempo para que Emilio vuelva pronto.

JUAN. ¿Qué le digo?

LUISA. Pues qué ¿no le ha visto el señorito?

JUAN. Como ha salido tan de prisa!

LUISA. Pero en la calle!..

JUAN. Es que no es el cochero que guía la berlina, sino el otro cochero: el amo del carruage: dice que ya que ha salido el señorito quisiera hablar á usted.

LUISA. Bien; dígale usted que pase. (Váse Juan.) Así aprovecharé la ocasion para decirle que no me gusta el tronco blanco de caballos: son tan desiguales!

ESCENA X.

CARLOS Y LUISA. Cárlos vestido de cochero con levitón largo, sombrero alto, peluca rubia, paraguas grande encarnado.

CARL. (Desde la puerta.) ¿Dá su mercé permisu?

LUISA. Adelante.

CARL. Beso á su mercé la manu!

LUISA. Gracias! (El pobre quiere echársela de fino!)

CARL. Yá sé que el señoritu ha salido disparado como un cuhete; pero es lo mismo; diré á su mercé que le diga, cuando vuelva, que yo no soy ningun muñote, para que se an de jugando conmigo al trompu!..

LUISA. ¿Qué?

CARL. Hace cuatru dias que no mando la berlina, no porque esté rota, ni porque tenga malus los caballos, sino porque no quieru que me alquilen sin haber por qué!

LUISA. A usted?

CARL. Si señora: pero los hombres finus de educacion nos valemos muchas veces de pretestus para no decir que no nos dá la gana de hacer una cosa...

LUISA. Buen hombre!.. me parece que no es usted quien habla.

CARR. ¿Que yo... no soy yo? Ah!.. ya! Cree su mercé que mi cabeza está un poco cargada y... Pues nó señora; no lo catu más que por la noche; y como el asunto no es de caladu-

ras, no quiero que me caten más la paciencia, aunque de bonachon me pasu!

LUISA. Haga usted el favor de retirarse; ya sabe usted que el señorito no está en casa. (He cometido una imprudencia con dejarle entrar!)

CARL. Está bien: pero ya que yo estoy aqui, no me quedaré con el recadu dentro del cuerpo; y comu su mercé puede dárselu mejor que nadie, debo decirla que hace ya más de dos meses que no me pagan, que su maridu no hace mas que darme palabritas, y no se hizo la miel para la boca del asnu!.. En fin, yo tengo ya los piés muy bien sentados, y no trago ya mas ruedas de molino! Yo vengu á pedir lo que es mio: y si sus mercedes no podian tener coche no es justo que por no andar á pié pague el vecino sus comodidades. Cada cual se ajusta à lo que tiene, y el que asi no lo hace se espone á esto y á mucho más, porque ya sabrá su mercé el refran, quien de ageno se viste...etc.

LUISA. (Pero Dios mío... ¿no es un sueño todo lo que me está pasando?

CARL. En conclusion, señora: ya he dicho que me precio de finu y no quiero abusar de su mercé! El coche no volverá más y si hoy no me paga el señoritu, mañana doy parte al Juez del barrio, por más que siempre haya huido, cómo del demoniu, de Escribas y Fariseos!

LUISA. Bien: váyase usted! yo se lo ruego.

CARL. Creo que me he explicado bien claro, y con toda la finura que debu. Beso á su mercé la manu. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XI.

LUISA despues JUAN.

LUISA. Habráse visto insolencia semejante! Atreverse un hombre asi á pisar siquiera los umbrales de esa puerta! Yo tengo la culpa! ¿Quién me manda recibir gente de esa clase! (*Breve pausa.*) Pero...ó ese hombre no está en su cabal juicio...ó Emilio me está engañando. (*Pensativa.*) Un prestamista... un cochero,

y los dos con la misma pretension! Oh! no hay duda: Emilio me oculta todo esto por no disgustarme, y... *(Asaltada por una idea de celos.)* ¿Quién sabe!.. ¿Tendrá gastos extraordinarios fuera de casa..? ¿Habrá alguna muger que me robe su cariño? Oh! Es preciso que esta situacion se aclare! Porque... lo que es yo. *(Reflexionando.)* Si; yo tambien le proporciono... algunos gastillos. Trages, aderezos, diversiones... y todo esto algo supone. El está empleado (aunque pocas veces asiste á la oficina) pero su sueldo... No, no, ó mucho me engaño, ó lo que es doce mil reales no deben dar mucho de sí! *(Variando de pensamiento.)* Pero ¿qué digo? Emilio tiene fondos suficientes, como el mismo me ha dicho, para hacer frente á todo!.. Ese hombre estaba embriagado y no sabe lo que ha dicho! Bien cara he pagado mi imprudencia!.. No volverá á suceder. *(Toca el timbre-campanilla que estará encima del velador.)* Pues bueno fuera que por un hombre asi renunciásemos á nuestra envidiable posicion!

JUAN. *(Entrando por el foro.)* Llamaba usted, señorita?

LUISA. No permita usted entrar absolutamente á nadie, no estando el señorito en casa.

JUAN. Está bien, señorita: pero es el caso...

LUISA. Qué?

JUAN. Yo no quisiera que usted se disgustase mas: en fin, hay pájaros que siempre son de mal agüero!

LUISA. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN. Qué ahi está un hombre que quiere hablar al señorito.

LUISA. Pues ya sabe usted que no está; y lo que es yo...

JUAN. Es cierto, señorita; pero es que es uno de esos hombres á quienes no se les puede negar la entrada.

LUISA. Explíquese usted!

JUAN. Es un escribano, señorita!

LUISA. ¿Un escribano? ¿Y qué busca aqui?

JUAN. No lo sé; pero me ha dicho que sino estaba el señorito, que queria hablar con usted para

un asunto de gran importancia...

LUISA. No, no, yo no entiendo de asuntos.

JUAN. Es que dice que, tal vez, si usted le recibe, puede llegar aun á tiempo de evitar á ustedes un disgusto muy grave...

LUISA. ¿Un disgusto grave? ¿Pero señor, se ha desatado hoy el infierno contra mi casa?

JUAN. Cerca le anda, señorita, porque lo que es un escribano nunca entra en una casa extraña para nada bueno!

LUISA. (¿Qué hacer, Dios mio? Y Emilio que no vuelve!)

JUAN. Yo no me he atrevido á despedirle, porque como con esa gente hay que andar siempre con tanto cuidado!..

LUISA. *(Pensativa.)* (Evitarnos un disgusto grave!..) *(Con resolucion.)* Pues señor, no hay mas remedio! Hay que apurar hasta la última gota... *(A Juan.)* Digale usted que pase, y en cuanto vuelva el señorito que entre aqui en seguida.

JUAN. Está bien, señorita. *(Váse por el foro.)*

ESCENA XII.

LUISA, despues CARLOS con otro disfraz aparente: papeles debajo del brazo.

LUISA. Qué dia tan completo! Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para darme una sofocacion! *(Breve pausa.)* Un escribano! No sé porqué me inspira horror ese nombre!

CARL. *(Entrando precipitadamente y hablando tan de prisa que no deje tomar parte á Luisa en la conversacion. Procúrese, al representar este tipo, dar cierta desentonacion ó sonsonete al final de los periodos, pero sin abusar mucho de la motononía.)* Señora, creo que ya le habrá dicho á usted su criado que yo soy un funcionario público que vengo, con toda la urgencia que el asunto reclama, á manifestar á usted: primero, que: Resultando que no está aqui su esposo y que debemos aprovechar los críticos momentos que nos restan, para que dé usted conocimiento de ello á la parte interesada, á la mayor brevedad posible...

LUISA. (Jesús! qué tarabilla!)

CARL. Resultando que se me han presentado dos escrituras de depósito, para su cobro, y que sino se satisfacen en el acto me veré en la precision de embargar á usted.

LUISA. ¿A mi?

CARL. Resultando que aunque usted crea como creerá indudablemente, que yo abuso en estos momentos de la situacion en que los autos nos han colocado, toca á mi deber manifestar á usted que un funcionario público no abusa nunca, aunque al parecer cometa toda clase de infracciones...

LUISA. Caballero!..

CARL. Considerando, pues, que la vara de la ley es recta é inflexible y lo mismo cae sobre las espaldas del pobre, que del que no tiene un cuarto...

LUISA. Pero hombre; repare usted...

CARL. Cumple á mi deber exponer á usted que, aunque me diga que la sociedad reclama miramientos y consideraciones, sobre todo delante de una señora, máxime siendo jóven y bonita...

LUISA. Pero...

CARL. Un funcionario público debe cerrar los ojos... ante la más interesante belleza, sin pararse nada en formas humanas ni sociales, é irse derecho al fondo del asunto.

LUISA. (Sentándose.) (Jesús! qué devanadera!)

CAR. (Sentándose á su lado, quedando en una postura ridícula.) Por lo tanto, señora, debo decir á usted, por más inverosimil que le parezca, que aún vengo, como moro de paz, á hacer presente á su esposo, que con esta mirada halagüeña que me es característica, he descubierto que esas escrituras están hechas con tanto conocimiento en la materia por parte del acreedor que de ellas puede formarse fácilmente una causa criminal por estafa...

LUISA. (Levántandose.) Dios mio!

CARL. (Idem maquinalmente.) Dictando inmediatamente auto de prision contra su marido de usted.

LUISO. ¿Mi esposo preso?

CARL. Asi pues; el objeto de mi venida, como ya

habrá usted comprendido, no es precisamente para prevenir á ustedes sobre el embargo, pues además de que esto nos está prohibido, nos interesa mucho hacer estas cosas de golpe y porrazo!

LUISA. (*Sentándose.*) (Ay! yo me pongo mala!) Pero eso es una iniquidad!

CAR.. Será lo que usted quiera, señora, pero asi sucede con los procedimientos de nuestra administracion de justicia! Y como con ellos vivo, seria muy ingrato si de ellos me quejára.

LUISA. (Y Emilio que no vuelve!)

CARL. Otrosi: debo advertir á usted, en conclusion que el tiempo, que por primera vez fué medido por un escribano, corre más que un alguacil! Por lo tanto, reasumiré, diciendo: que si su marido de usted no paga, como no pagará, porque para sostener el lujo de su mujer, ha acudido ya á toda clase de recursos, (de lo que puedo dar fé, porque un escribano todo lo sabe,) hoy mismo se procederá al embargo!

LUISA. (Ay! no puedo más!)

CARL. *Visto*, y pase á la parte actora! (*Dá media vuelta y se vá.*)

LUISA. (*Sentándose.*) Dios mio! yo tengo calentura! No era bastante lo del prestamista, sino que tambien era preciso verme insultada por un cochero, y por este hombre devanadera!..Ay!.. Ay!.¡yo me pongo mala!

EMIL. (*Dentro.*) Si, en el cuarto segundo.

LUISA. (*Levantándose y dirigiéndose al foro.*) Ah! es su voz! Emilio...Emilio... (*Al aparecer Emilio en la puerta del foro se echa en sus brazos poseida de temor.*)

ESCENA XIII.

LUISA, EMILIO.

EMIL.. (*Saliendo.*) Luisa!...

LUISA. Emilio!

EMIL.. Qué conmocion! qué es eso Luisa!

LUISA. Ay! no puedo respirar!

EMIL. Vén: siéntate aqui. (*Se sienta en la butaca.*)

LUISA. Ay! Emilio, Emilio!

EMIL. ¿Pero qué sucede? Porqué te encuentro asi?

Luisa. Tres! ya son tres!
Emil. Tres?
Luisa. Si.
Emil. No comprendo!..
Luisa. Hán estado aqui!
Emil. Cómo? ha vuelto ese miserable!
Luisa. No: los otros!
Emil. Los otros?
Luisa. Si!
Emil. ¿Pero, quiénes son los otros?
Luisa. Ay qué feos!...qué feos, Emilio!
Emil. (¡Ellos son! se han puesto de acuerdo y han venido todos á asediarme!) Pero...explicate, Luisa!
Luisa. Tres, tres en un momento!
Emil. Tres!
Luisa. Si.
Emil. (Pues no han venido todos!
Luisa. Primero...el prestamista!
Emil. Uno...
Luisa. Después...el cochero!
Emil. ¿El cochero?
Luisa. El cochero, si!
Emil. Dos.
Luisa. Luego...el escribano!!
Emil. (Uff!...el trueno gordo!)
Luisa. Emilio...Emilio! haces muy mal en estarme engañando..
Emil. Yo? Serénate, Luisa, serénate, y sepamos qué es lo que ha pasado.
Luisa. Si yo no lo sé tampoco ya!
Emil. Ni yo me explico este maldito enredo! Porque aquí, de seguro, hay una série de lamentables equivocaciones...
Luisa. No lo dudes, Emilio; en una equivocacion de esas...te quedas sin muger!
Emil. ¿Sin muger? Yo sin mi querida Luisa! No! Primero te quedarias tú sin marido!
Luisa. Emilio!
Emil. Espérate! Voy á matar ántes á los tres para que el cuadro sea completo!
Luisa. Detente!
Emil. Si, es verdad: lo primero es enterarse de lo que ha pasado, porque todavia no me has

dicho...

LUISA. Pues bien; el prestamista...pide!

EMIL. Eso es muy natural!

LUISA. El cochero...pide!

EMIL. Tambien es natural!

LUISA. Y el escribano..

EMIL. Cobrar! Eso es todavia más natural! Pero á pesar de todo no me explico aqui su presencia. Acabo de ver á don Venancio y me ha jurado que no se ha movido hoy de su casa!

LUISA. ¿Y quién es don Venancio?

EMIL. (Uf! ya la solté!) ¿Conque tú no sabes quién es don Venancio?

LUISA. No.

EMIL. Pues bien, don Venancio es...el prestamista ó usurero, acreedor de mi amigo el del cuarto segundo.

LUISA. ¿Y dices que no se ha movido de su casa!

EMIL. No.

LUISA. Entonces será otro!

EMIL. Voy á buscarle!

LUISA. No, Emilio, no: no me dejes sola: porque temo que á tu vuelta...no me encontrases ya!

EMIL. Luisa!

LUISA. Los nervios me matarán..no lo dudes, me matarán!

EMIL. Los nervios!..Ah!

LUISA. Qué?

EMIL. Ya sé lo que ha pasado!

LUISA. Sabes...

EMIL. Si: tengo el tacto de adivinarlo todo, en las grandes situaciones.

LUISA. Tú?

EMIL. Si: escucha. Tú padeces continuamente de los nervios. Lo del prestamista te excitó en tan alto grado, que al verte sola se aumentó tu temor: Te dió un ataque, te desmayástes y alucinada tu razon, has soñado lo demás.

LUISA. No, Emilio, no, estoy segura de ello!

ESCENA XIV.

DICHOS, JUAN por el foro.

JUAN. (Saliendo.) Señorito el carruaje.

LUISA. Eh!

EMIL. ¡Lo ves, Luisa, lo ves!

LUISA. Pero...¿Tú no has visto al cochero?

EMIL. No.

LUISA. (*A Juan.*) ¿Y dice usted que está abajo el coche?

JUAN. Si señora.

EMIL. Bien, retirate. (*Vase Juan.*)

EMIL. Emilio...Emilio; ó yo estoy loca ó no comprendo nada de lo que pasa!

EMIL. Ni yo tampoco.

LUISA. El amo del carruage ha estado aquí y ha dicho que no le mandaría más, porque hace dos meses que no se le paga, amenazándonos al mismo tiempo con que iba á dar parte á la justicia...

EMIL. Infame! y me prometió esperar hasta fin de mes! (*Uff! ¡Qué he dicho!*)

LUISA. ¿Con que es verdad! conque se le debo eso al cochero!...

EMIL. (*Con aturdimiento.*) ¿Bien...y qué? Qué tiene eso de particular!

LUISA. (*De frente.*) Mírame bien!

EMIL. (*Turbado.*) Luisa...

LUISA. Esa turbacion! Tal vez lo del prestamista sea cierto tambien!

EMIL. Luisa...

LUISA. Si, si, lo estoy leyendo en tus ojos! Emilio... Emilio...¿Porqué me estabas engañando?

EMIL. Luisa, perdóname! Ocultarte ya mi verdadera situacion, seria abusar de tu cariño...que no merezco...!

LUISA. (*Con cariño.*) ¿Que tú no mereces?

EMIL. He querido sostenerte á toda costa en una posicion envidiable y no habia sacrificio que yo no intentase para conseguirlo. Ese usurero, cuya presencia aquí es un enigma para mí; ese cochero atrevido, ese escribano, en fin, han descubierto mi secreto; pero no importa, sea yo siempre dueño de tu cariño, y á todo estoy dispuesto por ti!

LUISA. (*Alzando la cabeza y dominando la situacion.*) Basta Emilio. Terrible es el desengaño, preciso hacerse superior á él!

Google

EMIL. Luisa...

LUISA. Si ciega he seguido hasta aquí los impulsos de la vanidad, sé lo que hoy me toca hacer! *(Toca el timbre-campanilla y aparece Juan en la puerta foro.)* Juan, diga usted al cochero que se retire, y que no vuelva hasta que se le avise... *(Vase Juan.)*

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA, EMILIO, Y CARLOS que aparece en la puerta del foro.

EMIL. Me aborreces! no es verdad?

LUISA. (Con cariño.) ¿Yo aborrecerte... Cuando sin saberlo era en efecto la causa de tu perdicion?

EMIL. ¿Tú Luisa?

LUISA. Si: lo que esos hombres han dicho es la verdad! Mi único sentimiento es que tal vez el remedio llegue demasiado tarde!

CARL. *(Adelantándose.)* Nunca es tarde, señora, para el bien, si la razon nos ayuda!

EMIL. Cárlos!

LUISA. Caballero...

CARL. Te ruego, Emilio, que tengas la bondad de presentarme á tu señora. La debo una grave satisfaccion y espero que me concederá su atencion siquiera sea por breves momentos.

EMIL. *(Presentándola.)* Cárlos Sandoval, mi amigo desde la niñez.

LUISA. Título suficiente para que merezca toda mi estimacion.

CARL. Gracias, señora. Procuraré no abusar de su amabilidad. Soy actor: por donde yo voy... vá la comedia! Quiero á Emilio como á un hermano. Ciego por el cariño que á usted profesa, no comprendia que al caminar á su perdicion, arrastraba á usted tambien en su caida. Persuadido de que Emilio no tenia valor para manifestar á usted su verdadera posicion, yo, señora, me he permitido, contando con su amistad, presentar á usted plásticamente tres tipos raros de una comedia, por desgracia demasiado verídica, cuyo autor solo reclama los derechos de amistad y gratitud que su buena intencion merece...

LUISA. Ah! Conque usted...?

CARL. Si señora, prestamista, cochero y escribano, todo en una pieza!

EMIL. ¿Tú? ¿Conque has sido tú?

LUISA. Hurilla ha sido la leccion!

CARL. Es cierto, señora; tal vez me habré escedido. Como soy actor, me dejo llevar muchas veces de la inspiracion.

LUISA. Mucho me ha hecho usted sufrir, al copiar del natural tan tristes cuadros, pero... (Ofreciéndole la mano.) Gracias, amigo mio, comprendo todo lo que vale su intencion y jamás olvidaremos Emilio y yo que á usted deberemos nuestra felicidad...

EMIL. Es cierto, Luisa, pero lo que es tu último capricho debe satisfacerse...!

LUISA. Cual?

EMIL. El vestido azul de la calle de Espoz y Mina!

LUISA. No, mi último capricho no es ese! mi último capricho es que no olvidemos nunca.....

EMIL. Qué?

LUISA. (Al público.) Mi palinodia.

Niñas casaderitas;
á vuestro esposo,
no le hagais nunca víctima
de vuestro antojo.
Que los caprichos,
arruinan y hacen malos
á los maridos.
No envidieis, ni envidiadas
el mundo os vea:
que amor al fin rechaza
las apariencias.
Puros ....sencillos,
amor busca sus goces,
que amor es niño!
En lucha permanente
siempre se encuentra
la ostentacion y el lujo
con la modestia,
sabed bien esto:
la modestia es la vida,
el lujo...el tedio!
Niñas casaderitas,
tened presente
que en los mares revueltos
amor se pierde.
Buscad tranquilas (Abrazando con ternura á Emilio.)
de un esposo el cariño!
que amor...es vida!

19834 73627

Digitized by Google